

med Ibn Ibrahim, mas generalmente conocido como Ibn Tabatabá, y le indujo á alzarse para hacer valer sus derechos como pretendiente (9 ó 10 de Schum. II de 199 = 25-26 de enero de 815). Mohammed Ibn Tabatabá murió de repente despues de haber obtenido la victoria en un encuentro con las tropas de Hasan, y Abu's-Saraya fué derrotado repetidas veces por Harthama y, por último, hecho prisionero y ajusticiado en 10 de Rabí I de 200 (18 de octubre de 815); pero los emisarios de los seiditas eran, entretanto, favorablemente acogidos en Basora y en las ciudades santas, donde la irritacion contra los persas habia adquirido gradualmente la mayor intensidad, y la rebelion se propagó á todas las provincias desde el Yemen hasta el Chusistan. Fué evidente muy pronto, sin embargo, que los derechos de la casa de Mohammed no eran sino la pantalla para cubrir las atrocidades de desalmados rufianes: así en Basora como en la Meca los supuestos lugartenientes de los alidas cometieron tales horrores que la poblacion se apartó muy pronto de ellos, y los tenientes de Harthama lograron restablecer el orden en todas partes en el trascurso de la primera mitad del año 200 (815-816). Contribuyó en gran manera á este resultado la consideracion de que gozaba entre los árabes el anciano confidente de Harun; así, cuando, á fines del año 200, se dirigió á Merw, sobrada razon podia tener para esperar que sus importantes servicios en pro del nuevo califa le asegurarian una acogida amistosa. Mal habia podido conocer á los abasidas mientras peleaba por ellos en Africa y en el Egipto, contra bizantinos y turcos, en todos los campos de batalla, desde el pié del Atlas hasta las fronteras de la China. Los persas, que tenian supeditado á Ma'amun, debian temer que Harthama hiciera patente al califa la desastrosa impopularidad que tenia en el Oeste el régimen imperante, y supieron inspirar al siempre desconfiado Ma'amun la sospecha de que el general que habia entrado en Merw al frente de sus victoriosas tropas tenia propósitos de desconocer la autoridad del soberano. Esto bastó para que el pérfido abasida mandara prender al que tan leal apoyo le habia prestado en la desgracia y permitiera que sus enemigos le hicieran morir «de muerte natural» en la prision (Zul-ka'ada de 200=junio de 816). No fué este suceso mas que la repeticion de la historia de Abu Muslim, con la sola diferencia de que como hombre moral Harthama estaba á inmensa altura por encima del tenebroso «hacedor de reyes.»

Cuando los habitantes y la guarnicion de Bagdad tuvieron noticia del atentado, presumieron lo que podian esperar ellos mismos. Estallaron revueltas; el prefecto de Hasan Ibn Sahl, que residia en Wasit, fué expulsado con sus persas, y Mansur, uno de los hijos del califa Mahdí, fué puesto al frente del movimiento en calidad de emir, ya que no queria presentarse como pretendiente al califato. «¡No queremos al adorador del fuego, al hijo de un adorador del fuego!» gritaban los habitantes de Bagdad, que por odio á los persas se acostumbraban mas y mas á considerarse como los verdaderos musulimes. Pero Mansur no se mostró á la altura de la situacion, y el populacho se habia hecho dueño de ella de tal modo, que solo á duras penas algunos hombres de buena voluntad lograron formar una milicia compuesta de individuos de las clases mas respetables de la poblacion, la cual, sin embargo, no pudo encauzar por completo el desorden general. No es, pues, de extrañar que se llegase á considerar una verdadera salvacion que Hasan hiciera gestiones para conseguir un arreglo pacífico, las cuales, despues de algunos incidentes, parecian prometer un resultado satisfactorio. Ya se habian fijado las condiciones de un convenio, y con ellas se habian declarado satisfechos así los habitantes como las tropas, cuando otra mala nueva recibida de Merw

vinó á ponerlo todo otra vez en tela de juicio. El mal aconsejado califa, con objeto de consolidar su todavia muy disputado poder, habia adoptado la resolucio de hacer una tentativa para atraerse á los seiditas del Oeste: sípuse con verdadero asombro que el 2 (1) de Ramadan de 201 (24 de marzo de 817) habia proclamado como yerno suyo y sucesor al trono al alida Ali Ibn Muza, llamado *Er-Kida*, «el favorito (de Allah),» y adoptado el color verde de los alidas en lugar del negro de los abasidas. Tratábase, pues, de llegar á la reconciliacion de las dos ramas rivales de la familia del Profeta, á buen seguro con la oculta intencion de postergar de nuevo á la otra línea, como en tiempo de Abu Muslim, tan pronto como se tuviese asegurada satisfactoriamente la soberanía abasida. Pero el éxito fué desastroso; los de Bagdad estaban ya hartos de siitas, y se alzaron otra vez en abierta rebelion proclamando califa á Ibrahim, otro hijo del Mahdí (28 de Zul-hiddscha de 201=17 de julio de 817). Los siitas del Irak se dividieron, pues muchos de ellos desconfiaban con razon de los abasidas; un hermano de Abu's-Saraya se sublevó en Kufa, y en medio de estas revueltas los generales de Ibrahim lograron ocupar dicha ciudad (5 de Schumada I de 202=19 de noviembre de 817). Si bien no tuvo resultado el ataque que intentaron despues de este triunfo contra Hasan Ibn Sahl en Wasit, la causa del Ma'amun ofrecia peor aspecto que nunca en el Oeste, particularmente desde que el Egipto, donde ya antes de la muerte de Emin habian surgido complicaciones de que haremos luego mencion, se hubo sublevado tambien al tener noticia del proyecto de sucesion á favor del alida.

Pero lo mas grave era que desde 201 (815-816) se agitaban otra vez los comunistas en el Aderbidyan, y de manera que presagiaban las mayores desgracias. Un hombre de origen persa llamado Babek, pregonaba allí la encarnacion del Sér supremo, que se habia efectuado en sus ascendientes y á la sazón se hallaba en él. Al propio tiempo predicaba la comunidad de bienes y de mujeres, y habia reunido muy pronto muchos partidarios entre los vigorosos pueblos montañoses, siempre dispuestos á sublevarse contra el califato y que ya en el año 192 (808) habian acogido favorablemente á los comunistas ó «khurramitas,» como eran designados entonces (2). El movimiento podia propagarse muy fácilmente á la Persia Oriental, donde no se habia borrado todavia la memoria de Mokanna, y por consiguiente hacer vacilar los mismos cimientos del poder del Ma'amun. Tuvo, pues, sobrada razon el califa en prestar oídos á las observaciones de su yerno alida, el cual, por excepcion, era un hombre honrado ó debió de creer necesario libertar á su astuto suegro de la red que le habian tendido los que le rodeaban y cuya adhesion parcial de los intereses persas era un peligro cada dia mayor para la existencia del imperio. Ma'amun tuvo el buen acierto de reconocer que era necesario cambiar de política; además Rida le presentó pruebas de que Fadl Ibn Sahl le ocultaba las peores y mas importantes noticias que se recibian del Occidente. Decidió, pues, trasladarse personalmente al Irak, y emprendió el viaje á mediados del año 202 (fines de 817). Fadl no pudo desconocer que empezaba el ocaso de su influencia, á pesar de que Ma'amun, con verdadera perfidia abasida, le acababa de

(1) Segun otra version, el 7 (30 de marzo).

(2) Así se llamaban estos sectarios, probablemente del nombre del lugar *Khurram*, situado cerca de Ardebil, en la cordillera caspia del Aderbidyan, y que fué, á lo que parece, un antiguo centro de proselitismo masdakita; véase Jakut, II, pág. 427, nota 20. Esta derivacion es la única que me parece exacta, considerando poco sería la citada aun por Flügel (*Revista de la Asociacion Orientalista alemana*, 23, página 531), del persa *Churram*, «alegre.»

otorgar, en aquellos precisos momentos, nuevos y casi ilimitados poderes por medio de un decreto, concebido en los términos mas lisonjeros para el visir. Pero cometió la imprudencia de dar muestras de descontento, y dió lugar á que amigos demasiado celosos del califa le sorprendieran en su baño, durante el viaje á Sarahs (principios de Scha'aban de 202 = febrero de 818), y le acuchillaran allí. Naturalmente, El-Ma'amun se mostró inconsolable por la pérdida de tan fiel servidor, mandó ajusticiar en el acto á los asesinos, entre los cuales se hallaba su propio caballero, y se casó en seguida con una hija de Hasan Ibn Sahl, hermano del asesinado visir, y que á la sazón se encontraba todavia en Wasit con un ejército muy respetable. En muy breve plazo, sin embargo, los otros principales representantes de la política que habia seguido hasta entonces fueron tambien víctimas de desgracias no menos singulares é inesperadas. El-Rida habia obtenido igualmente permiso para consumar su casamiento con la hija del Ma'amun; pero á fines de Safar de 203 (agosto-setiembre de 818), durante una larga estancia en Tus, el jóven esposo se dejó llevar de la tentacion de comer mas uvas de las que podian sentarle bien, y falleció tras corta enfermedad con síntomas de violenta indigestion. La muerte de tan apreciable deudo, que era además el declarado sucesor al trono, afectó sin duda hondamente al sensible monarca, á quien se vió seguir el fétetro sollozando y lamentándose, cuando el cadáver del malogrado jóven recibió sepultura junto á la de Harun El-Raschid. Mas no habian terminado aun sus pruebas: cuando llegó á Rei fué comunicada la triste noticia de que Hasan Ibn Sahl habia manifestado en Wasit señales de perturbacion mental, de suerte que algunos de sus oficiales se vieron en la necesidad de ponerle la camisa de fuerza. La opinion pública, á lo menos en las provincias orientales, fué tan poco considerada, así entonces como posteriormente, que se complacia en hacer notar que todas estas desgracias vinieron muy á propósito al califa para quitar todo motivo de descontento á sus leales súbditos de Bagdad. En efecto, los oficiales de Ibrahim Ibn El-Mahdí reconocieron que despues de la catástrofe de los odiosos hijos de Sahl y de Rida no tenia ya objeto la resistencia al monarca, que avanzaba entonces personalmente contra ellos; cuanto mas que Ibrahim, si bien muy inteligente en música y poesia, y hasta consumado artista en una y otra, apenas habia demostrado asomo de talento como hombre de gobierno durante su califato nominal. Casi todos le abandonaron é hicieron las paces con su rival; su última tentativa de resistencia armada fracasó por completo en 29 de Zul-ka'ada de 203 (28 de mayo de 819), y el dia 15 de Safar de 204 (11 de agosto de 819) pudo, al fin, entrar Ma'amun en su fiel capital, donde se apresuró á usar otra vez los populares colores negros de los abasidas y á fomentar, al propio tiempo, las buenas disposiciones de los irakeses en favor de su dinastía, concediéndoles una rebaja de impuestos.

Mucho necesitaba de estas buenas disposiciones. En el Corasan se sublevaron los hannitas tan pronto como Ma'amun hubo marchado de allí, y en la Mesopotamia, Tahir, obcecado por sus celos y aversion personal hacia el lugarteniente general Hasan Ibn Sahl, dejaba todavia campar por sus respetos á los rebeldes que capitaneaba Nasr Ibn Schebeth. El poder de éste llegó á consolidarse de tal suerte que solo el hijo del propio Tahir, Abdallah, logró su rendicion á fines de 209 (principios de 825). A esto vinieron á agregarse, en 207 (822) y 212 (827), las revueltas de los alidas en el Yemen, donde poco á poco fueron echando fuertes raíces; los alzamientos en la Media (hacia 210=824), en la Mesopotamia (214=829), en Kurum (Persia, 216=831), y la prolongada rebeldía del lugarteniente de Sind (211 214=826-829).

Al propio tiempo suscitáronse dos grandes guerras que se extendieron durante mas de veinte años: en Egipto (196-217 = 812-832) y contra Babek (201-222 = 815-816-837), esta última varias veces en peligrosa coincidencia con las nuevamente declaradas hostilidades de los bizantinos.

El Egipto estaba ya en guerra civil desde 196 (812), habiéndose declarado los árabes que habitaban el país, los keisitas, á favor de Emin y los yemenitas por Ma'amun. Un suceso del todo imprevisto vino á complicar aun mas la situacion. En España, la cual ya hemos dicho que era gobernada independientemente por una nueva dinastía omniada desde 139 (756), se habian rebelado en 198 (814) los habitantes de Córdoba contra Hakem I, y una vez reprimido el movimiento fueron expulsados del país todos los que moraban en el arrabal del Sur de aquella capital. Estos se embarcaron una parte en direccion al Africa occidental y la otra con rumbo al Egipto, á donde llegaron en 199 (814-815) nada menos que unos 15,000 hombres, sin contar las mujeres y los niños. Los recién llegados solicitaron en un principio la proteccion de los yemenitas establecidos en Alejandria y sus alrededores; pero muy pronto, aprovechando los trastornos de la guerra civil, supieron conquistarse una posición independiente y acabaron por apoderarse de Alejandria. Las continuas devastaciones que todas estas luchas acarrebaban al desdichado país exasperaron al fin hasta á los pacientes coptos, y habia llegado la provincia al mayor grado de descomposicion cuando al fin, en el año 210 (825), despues de sometido Nasr en la Mesopotamia, pudo trasladarse Abdallah Ibn Tahir al Egipto. Abdallah procedió desde luego con toda energía y, habiendo derrotado á los verdaderos rebeldes, supo imponerse de tal modo á los emigrados de España que éstos prefirieron evacuar á Alejandria y hacerse de nuevo á la vela, á las órdenes de su caudillo Abu Hafsz Omar El-Ballúti. Probablemente habian fijado ya antes sus miras en la isla de Creta, pues que en 823 (208) ya habia sido atacada esta isla por sarracenos; de todos modos, en el año 211 (826) cayeron los emigrados en masa sobre ella y la arrebataron á los griegos. Durante cerca de siglo y medio dominaron allí los descendientes de Omar como principes independientes, hasta que en 350 (961) los bizantinos volvieron á apoderarse de su antigua posesion. Mas apenas hubo terminado Abdallah Ibn Tahir de restablecer en algun modo el orden en Egipto, despues de la partida de los árabes españoles, y marchado á ocupar otro destino, cuando ya otra vez, en 213 (828), estaban en lucha keisitas y yemenitas, dando lugar á que el propio hermano del Ma'amun y reconocido sucesor al trono, Abu Ischak Mohammed, apellidado *El-Motasim Billah*, «el que busca su proteccion en Dios,» (1) tuviese que dirigirse al Egipto al frente de un ejército. Su intervencion, sin embargo, no obtuvo tampoco resultado duradero; en 216 (831) se hallaban de nuevo en plena sedicion los árabes y coptos de grandes distritos del bajo Egipto. Entonces el califa, á la sazón en Damasco de regreso de una campaña contra los bizantinos, juzgó oportuno cuidarse personalmente de poner orden allí. En el mes de Moharram de 217 (febrero de 832) llegó al Egipto, donde ya le habia precedido Afschin, oficial capaz y enérgico de origen turco, que ejercia el mando superior en Barka. Derramando sangre sin contemplacion logróse, al fin, restablecer

(1) Generalmente se le designa con el nombre abreviado de *Motasim*, y así tambien se suele suprimir el *billah*, «en Dios,» ó el *allah*, «sobre Dios,» con que desde esta época se componen los sobrenombres honoríficos de todos los abasidas, y para abreviar, así lo haremos nosotros igualmente. Nos excusaremos, asimismo, de traducir cada vez estos nombres, que todos tienen una significacion análoga: «El que busca ó encuentra fuerza, proteccion, victoria, etc., en Dios.»

una paz duradera, y Ma'amun pudo regresar muy pronto al Norte para proseguir sus campañas contra los bizantinos.

Era el caso que desde 215 (830) se habían roto de nuevo las hostilidades en la línea de las «defensas» tras una paz de veinticinco años, interrumpida tan solo por alguna que otra correría, pues ambas partes habían tenido sobrado quehacer con dificultades interiores (1). A la sazón gobernaba en Constantinopla el activo y enérgico Teófilo; según parece, — nuestros datos son en este punto muy defectuosos, — había contraído alianza con el khurramita Babek, cuya autoridad se había extendido, á pesar de las campañas de los caudillos del Ma'amun (desde 204=819), por la Media occidental y la Armenia oriental. Lo cierto es que partidarios de Babek, capitaneados por un persa á quien los griegos dan el nombre de Teófobo, pelearon en favor de los bizantinos en estas nuevas guerras; fuera, pues, cual fuera el primero que renovó la antigua contienda, era una complicación por demás peligrosa para el califa que se coligaran sectarios y enemigos exteriores para encerrar todo el Noroeste de la Media hasta la Cilicia como en un círculo de fuego. El-Ma'amun hizo los mayores esfuerzos para romperlo, pero casi todos los ejércitos que desde su cuartel general El-Badh, en el Aderbidyan, fueron enviados contra Babek, que avanzaba en todas direcciones, sufrieron una derrota tras otra, y las cortas ventajas que de cuando en cuando se obtenían no daban ningún resultado decisivo. Si bien en las «defensas» se logró, debido especialmente á la capacidad militar de Motasim y tras las muchas vicisitudes de los años 215 y 216 (830-831), tomar el fuerte fronterizo bizantino de Lulua, junto á Tarso (217=832), y hacer entrar á Tyane en la línea de las fortalezas musulmicas (218=833), no bastaban ya las fuerzas del califato para conjurar el verdadero peligro de aquella doble guerra. La aptitud militar de los árabes había decaído rápidamente á causa de la progresiva degeneración, consiguiente á las contiendas civiles y á la indisciplina cada día mayor en las grandes ciudades, y las demás tropas, compuestas de persas y mestizos, no ofrecían mucho mejores condiciones; nada de extraño, pues, que cada nueva empresa encontrase mayores dificultades, y precisamente en aquella época parecía inminente una paralización general. Se necesitaban cambios radicales en el organismo militar para lograr un remedio eficaz á este estado de cosas.

Es tanto más de aplaudir, pues, que Ma'amun encontrase tiempo y voluntad, en medio de tales conflictos, para seguir también las grandes tradiciones de El-Mansur en una materia muy importante. Ya dijimos antes que este insigne monarca había mostrado marcado interés por el arte y la ciencia. Los tiempos, relativamente más tranquilos, del Mahdi y de Harun no fueron menos propicios á la poesía y á los estudios científicos, si bien estos dos califas concedieron más su favor á la primera, participando también de él, como era natural, el estudio de la gramática y de la literatura, íntimamente enlazado con ella. El-Ma'amun, sin embargo, intervino en el movimiento científico y literario de su época con tan decidido propósito y tan sorprendente inteligencia, que le distinguen extraordinariamente de todos los demás abasidas. Por más que cueste hacer debida justicia á un hombre que cuando estaba en juego su interés personal ó el de su casa, ó meramente una cuestión de amor propio ó hasta un simple capricho, apenas cedía en doblez y crueldad á los peores de su familia, fuerza es reconocer que El-Ma'amun poseía verdadera noción de los intereses intelectuales, que le hacía propicio á las especulaciones científicas y aseguraba su favor y protección á sabios eminentes. Ciertamente que debe

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

concederse, por otra parte, que insignes poetas de su época como Abu Zemmara, el recopilador de la Hamasa, el protector de éste, Abdallah Ibn Tahir, tan entendido en las armas como en la poesía, El-Bohtori, á quien también se debe otra Hamasa, Isjak Ibn Ibrahim, de Mosul, poeta y músico tan celebrado como lo había sido ya su padre, juristas como Schafi'i y Ahmed Ibn Hambal, y teólogos como el famoso recopilador de tradiciones El-Bohari, muchos de los cuales figuraron en la oposición; cierto, decimos, que estos poetas y maestros obedecerían en mucho todavía á las inspiraciones de la brillante corte de Harun ó al propio impulso de su amor al estudio; pero esto no quita nada de su mérito á las distinciones otorgadas por Ma'amun á sabios y poetas, como por ejemplo, al eminente historiador Mohammed Ibn Omar El-Wakidi, cuya fama como cronólogo aun hoy se mantiene incólume frente á la moderna investigación. Es sobre todo característica de este califa su predilección por la filosofía y las ciencias exactas, predilección que debía tener las más trascendentales consecuencias. No quiere decir esto que antes de la época de Ma'amun los árabes y persas del Irak desconocieran por completo semejantes estudios. Sabido es que desde los tiempos de Alejandro Magno los países entre ambos ríos y las comarcas adyacentes fueron lugares propicios á la influencia de la cultura griega. Cuando en el año 53 antes de J. C. llegó la noticia de la muerte de Craso á la corte del rey parto Orodes, le recibió éste en el momento de estar presenciando la representación de una tragedia de Eurípides y en el siglo V vemos al sasanida Cosroes Anoscharwan fundar una academia, aun floreciente trescientos años después, en Gondeschapur, en el Chusistan, en la cual se enseñaban la filosofía y la medicina griegas, practicándose esta última en grandes hospitales (2). Los sirios de la Mesopotamia eran los intermediarios de este comercio intelectual, muy especialmente indicados para ello, así por la situación geográfica de su país como por su aptitud para esta clase de trabajos. De carácter pacífico, algo perezosos de pensamiento y pobres de inventiva, se diferenciaban muy marcadamente de sus más vivos y hasta turbulentos vecinos afeines, los judíos y los árabes; pero poseían tenaz perseverancia en el trabajo y fueron atesorando, incansables, durante siglos los frutos de la actividad intelectual de otras naciones. Del helenismo tomaron la doctrina cristiana, no sin dar forma monofisita ó nestoriana, más adecuada á su sencilla comprensión, á los más profundos problemas del misterioso dogma fundamental; tomaron también los escritos de los antiguos filósofos heroicos, sobre todo de Aristóteles, cuya lógica hasta la misma Iglesia, á pesar suyo, no pudo menos de respetar hasta cierto grado; las obras de los grandes médicos y naturalistas Hipócrates, Galeno y Dioscórides, la comprensión y aplicación de cuyas enseñanzas aprendieron de los muchos maestros en el arte de curar de la época romana y bizantina, y por último, las de Euclides y el Almagesto (3) de Tolomeo; en una palabra, todos los principales productos del trabajo científico de los griegos, que lo mismo en el Oriente que en todas partes fueron los maestros de los pueblos. Todo esto lo vertían, palabra por palabra, en su propio idioma los pacientes monjes que habitaban los conventos sirios desde Antioquía hasta Mosul; no intentaban vencer

(2) Justi: *Historia de la antigua Persia*.

(3) Esta palabra está compuesta del artículo árabe *al* ó *el* y de la griega *μεγιστη* «el mayor», esto es, «el libro mayor», por oposición á los de menor volumen que tratan de la misma materia, y con ella se designa generalmente la obra en que Claudio Tolomeo expuso, en el siglo II, el sistema que lleva su nombre. No se han conservado de él más que traducciones árabes y ninguna siria; sin embargo, puede admitirse con toda seguridad que también en este caso los árabes fueron, como de costumbre, meros copistas de los sirios.

las infinitas dificultades que les ofrecía el habla semítica para reproducir las ideas y expresiones griegas, creando libremente lenguaje adecuado, sino que imitaban con penosa escrupulosidad la construcción y giros de las frases, de tal modo que al versado en ambos idiomas aun hoy le sería posible transcribir casi literalmente de la traducción el texto original. Tres fueron los lugares que contribuyeron á la transmisión de la ciencia griega á los árabes de Bagdad. Gozaban de gran fama en todas las comarcas del antiguo Estado sasanida, tanto por su ciencia como por sus obras, los médicos de la Academia de Gondeschapur, que dentro del territorio persa supieron conservar su nacionalidad, su lengua y su religión, no menos que su conocimiento del griego, hasta la época abasida. Ahora bien, El-Mansur enfermó en el año 148 (765) de un padecimiento del estómago, que no logró atajar toda la ciencia de sus médicos militares. El califa había oído hablar de la habilidad de los sirios en aquella no lejana ciudad persa, y mandó llamar á su lado al director del hospital de Gondeschapur, Georgios, de la casa de Bohtyem. En breve plazo devolvió éste la salud al Mansur, y desde entonces los cristianos de Gondeschapur estuvieron en favor en la corte de los abasidas.

De Gabriel, nieto de Georgios, ya hemos hecho mención como médico de cámara de Harun, y tenemos noticia de que tanto él como sus colegas fueron muy favorecidos por los califas, que sin duda á causa de su poca limpia conciencia, parece que en su mayor parte tenían bastante miedo á la muerte, y les colmaron de trajes de honor, preciosos regalos y dádivas de dinero que ascendían á millones, naturalmente mientras conservaba su salud el respectivo monarca. Según se nos refiere, ya El-Mansur había encargado á su Georgios la versión al árabe de escritos que trataban de medicina; y Harun, cuando en sus campañas en el Asia Menor recogió entre otro botín cierto número de libros griegos, mandó también traducirlos al árabe por otro cristiano de Gondeschapur, Johanna Ibn Masaweh. Este Johanna era un clínico de mucho talento, muy moderado en la profesión de su cristianismo, y que se ocupaba por su propia cuenta en todo género de investigaciones, de esas que aun hoy día nos parecen extrañas, como, por ejemplo, la vivisección. Era muy instruido, y seguramente cumplió con toda exactitud la misión que le había confiado el califa. Fué luego médico de cámara del Ma'amun y de sus dos sucesores Motasim y Waltrik. Al propio tiempo que de él, se nos hace mención notable de buen número de otros traductores de obras médicas. Si bien esta actividad alcanza á tiempos bastante anteriores, no hay duda que El-Ma'amun le dió nuevo impulso y fomentó especialmente su extensión á aquellas materias que no prometían resultado tan inmediato como la medicina á las necesidades prácticas de la corte y del gobierno, á saber: *las matemáticas, la astronomía y la filosofía*. El-Ma'amun fundó en Bagdad un gran instituto, al cual se dió el nombre de «la casa de la ciencia» y que contenía una biblioteca y un observatorio astronómico bajo la dirección del experto Selm. Esta fundación fué muy pronto el centro de gran número de sabios que, independientemente de la escuela de Gondeschapur, dirigían desde otros dos puntos al campo árabe la corriente de la ciencia griega. Mas todavía que en Gondeschapur se había conservado vivo el estudio de las antiguas obras griegas y sirias en los conventos de la Mesopotamia propiamente dicha, así como entre los habitantes del Harran, los únicos casi que habían permanecido todavía paganos en territorio sirio; y los traductores procedentes de estos lugares, atraídos á Bagdad por la liberalidad de El-Ma'amun, tenían sobre los de Gondeschapur la ventaja de un conocimiento más exacto del puro árabe literario. A esta circunstancia se debe prin-

cialmente que sus trabajos relegaran al olvido las versiones más antiguas: el único criterio que podían tener los árabes que no poseían el sirio para apreciar estas producciones, era el de su mayor ó menor inteligibilidad, por lo que no podemos hacerles grave cargo si consideramos cuánto debían embarazar á uno de esos poco disciplinados cerebros árabes los conceptos abstractos de la ciencia griega, harto intrincados algunos hasta para los hijos del siglo XIX.

No es menguar el mérito de aquellos traductores el admitir que raras veces vertiesen directamente del griego y sí, por lo general, de copias sirias. Es el árabe un idioma extraordinariamente expresivo en muchos conceptos, pero por demás original y caprichoso, y en particular para tratar de materias filosóficas debía ser aun menos maleable que el sirio; si, pues, la más fácil comprensión de esta lengua afine contribuía en cierto grado á disminuir las dificultades de la materia, era, por otra parte, un trabajo casi desesperado el de verter la traducción, más que fiel, servil, de los sirios á un lenguaje árabe medianamente inteligible. Los autores mahometanos adjudican el mérito de haber sido el primero en llevar á cabo tan difícil tarea á un cristiano de Hira, Honein Ibn Isjak, el cual, en tiempo del Ma'amun y después reprodujo en árabe relativamente correcto algunos escritos de Aristóteles y sobre todo las obras de Galeno que pudo haber á la mano, siendo, merced á esta última producción, el verdadero fundador de la medicina árabe-persa. El-Ma'amun mostró cuánto apreciaba estos trabajos dando al inteligente Isjak el peso exacto en oro de cada una de sus traducciones. Por eso el escritor se mandó fabricar un papel especial, extraordinariamente grueso, y encargó á su amanuense que escribiese en caracteres de gran tamaño; el aumento de precio remuneraba con exceso el del trabajo. La inmensa importancia de esta actividad consistió en que las producciones de los sabios griegos, que los buenos sirios solo habían atesorado sin intentar asimilárselas, fueron accesibles á la raza mixta de árabes y persas, que con verdadera codicia se arrojó sobre el espléndido festín de la ciencia exótica, y,—lo que es muy meritorio para una época que no tenía tradición alguna directa que la ligara á la antigüedad clásica,—logró gradualmente, no solo adquirir exacta comprensión de la ciencia griega, sino también darle propio desarrollo en varios de sus ramos. Dada la indiferencia que en general nuestras modernas ciencias naturales, ufanas, no sin razón, de sus esplendentes progresos, afectan hacia todo lo que solo tiene valor histórico, se comprende que esté en moda ahora menospreciar la ciencia árabe.

El historiador del Oriente de la Edad media debe advertir que estos árabes y persas fueron durante siglos los maestros del Occidente en tales materias, y que el disfavor no es para ellos sino para los pueblos occidentales si se contentaron durante tanto tiempo con tan incompletos estudios, los cuales siempre serán debidamente apreciados por todo el que proceda sin preocupación. Observaciones y descripciones de nuevas enfermedades, hechas con innegable ingenio y exactitud; sintetización y en algunos puntos perfeccionamiento de las doctrinas aristotélicas-neoplatónicas en un sistema, del cual no han pasado mucho más allá los escolásticos del Occidente, y sobre todo propia investigación y considerable progreso en los problemas matemáticos y físicos, particularmente en la óptica, son resultados que hacen honor á la actividad científica de aquellos tiempos. Ciertamente que también en esto fueron los persas los que más produjeron; los árabes, atrasados en casi todo lo demás, solo se han distinguido excepcionalmente en las ciencias matemáticas, que eran las más apropiadas á su genio. Ya'akub Ibn Isak El-Kindi, el cual ya en tiempo de El-Ma'amun y de sus inme-